

RAMÓN ROSAL CORTÉS

La revelación divina a través del Universo, los profetas y Jesucristo

Mis convicciones sobre el cristianismo
explicadas a mis amigos no cristianos

Volumen I

Editorial

MILENIO
LLEIDA, 2011

© Ramón Rosal Cortés, 2010

© de esta edición: Editorial Milenio, 2011
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Fotografía de la cubierta: Ana Gimeno-Bayón “Vidrieras de la Iglesia Dom Bosco (Brasil)
de Claudio Naves y Hubert na Doorne”

Primera edición: febrero de 2011

Depósito legal: L-91-2011

ISBN: 978-84-9743-438-6

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción	15

PARTE PRIMERA

REVELACIÓN DIVINA A TRAVÉS DE LA CONTEMPLACIÓN DEL UNIVERSO Y DE LOS PROFETAS DE ISRAEL

1. La convicción sobre la existencia de un Dios creador del universo no la experimento como un acto de fe	23
1. Aclaraciones sobre mi concepto de fe.....	23
2. La fe religiosa en una supuesta revelación divina requiere, para que sea razonable, unos requisitos especiales	25
3. La existencia de Dios no la sostengo por un acto de fe sino porque su no existencia la percibo como racionalmente contradictoria	27
4. Reconocer la existencia de Dios a partir de un razonamiento inductivo es para mí algo previo a mi experiencia de fe en Dios	29
5. Revisión de lo anterior por medio de mis respuestas a dos preguntas	33
5.1. ¿Es el Universo una realidad solitaria o es consecuencia de una creación divina?.....	33
5.2. ¿Qué diferencia hay entre reconocer la existencia de una Realidad divina y experimentar la fe en Dios?.....	37
6. Concepciones inválidas sobre Dios	38
6.1. Las que implican estar olvidando o desconociendo que no podemos describir características sobre la Divinidad aplicando las palabras con pretensiones unívocas	38
6.2. Las visiones sobre Dios que le vinculan con una figura masculina y anciana.....	40
6.3. Visiones que implican un concepto de la Divinidad que convierte a los seres humanos en una especie de polichinelas de Dios	42
6.4. Concepciones que presuponen un habitual intervencionismo de Dios en los acontecimientos de la historia.....	44
6.5. Concepciones sobre Dios que implican el reconocimiento de su existencia únicamente a partir de una necesidad psicológica.....	46

2. Desde Abraham hasta Yeshúa de Nazaret se produjo una auténtica revelación divina	49
1. ¿Qué se entiende por revelación divina?	50
2. Dos vías de manifestación de Dios.....	51
3. ¿Cómo puede ayudar la ciencia a la credibilidad de la fe bíblico-cristiana?	54
4. Algunas señales que apoyan el origen divino del mensaje religioso de los profetas de Israel	58
5. Israel aparece como el germen de una nueva humanidad por acoger la información de una sabiduría	64
5.1. Algunas ideas cosmológicas y antropológicas al menos implícitas en el pensamiento bíblico.....	66
5.2. ¿Qué tiene que ver con este enfoque la doctrina cristiana sobre el pecado original?.....	71
5.3. El mensaje sobre la meta de la existencia humana.....	75
5.4. Misión de todo ser humano en su existencia terrena	76
5.5. El mensaje sobre la “filosofía de la historia” del pueblo hebreo	77
6. ¿Inspiración divina en los profetas de Israel?.....	80

PARTE SEGUNDA
REVELACIÓN DIVINA A TRAVÉS DE LA DOCTRINA Y PERSONA
DE YESHÚA DE NAZARET

3. Importancia y requisitos de mi conocimiento de Yeshúa de Nazaret.....	87
1. De la convicción de la existencia de un Dios creador a la fe en el Dios revelado por Yeshúa.....	87
2. Lo que significa la persona y el mensaje de Yeshúa para mí como cristiano..	94
3. Fuentes para un conocimiento válido sobre Yeshúa	101
4. ¿Qué me revelan los evangelios sobre Yeshúa?	117
1. Sensibilidad y sentimientos de Yeshúa	117
1.1. Muestras de su sensibilidad con la mirada y el tacto.....	118
1.2. Muestras de su sensibilidad a través de las imágenes.....	122
1.3. Vivencias emocionales de Yeshúa.....	126
1.3.1. Algunas de sus manifestaciones de miedo.....	127
1.3.2. Algunas de sus manifestaciones de tristeza	134
1.3.3. Algunas de sus manifestaciones de indignación o rabia.....	136
1.3.4. Algunas de sus manifestaciones de alegría.....	140
2. Yeshúa, la “célula madre” de la Nueva Humanidad.....	144
2.1. Esperanzas sobre el Mesías en los tiempos de Yeshúa	144
2.2. Yeshúa se manifestó como enviado de Dios o profeta	147
2.3. Gradual comprensión de Yeshúa, por sus discípulos, como el Mesías, y como alguien excepcionalmente unido a Dios	150
2.4. Yeshúa, el primer “hombre nuevo”.....	155

5. ¿Cómo se relacionó Yeshúa con Dios?	163
1. La plegaria en la vida pública de Yeshúa.....	163
2. Revelación de Dios sobre Yeshúa.....	170
2.1. Revelación divina durante el bautismo de Yeshúa.....	170
2.2. Revelación divina durante la experiencia de la transfiguración	174
2.3. Significado de la revelación divina de Yeshúa como “hijo amado”....	178
6. ¿Qué me revela Yeshúa sobre Dios?	183
1. A través de su persona, como “imagen humana de Dios”	185
2. A través de sus parábolas	190
3. Su revelación de las tres manifestaciones de la Divinidad.....	196
3.1. ¿Fue Yeshúa quien nos reveló el misterio de la Trinidad divina?.....	196
3.2. Cuando la tradición cristiana habla del hijo de Dios, ¿se refiere a Yeshúa de Nazaret, o se refiere a un Hijo eterno del Padre?	200
3.3. ¿Cómo se compagina el monoteísmo cristiano con la fe en tres personas divinas?.....	201
3.4. ¿Qué consecuencias tiene para mi espiritualidad cristiana la fe en Dios Padre y la fe en el Logos de Dios encarnado en Yeshúa de Nazaret, y la fe en el Espíritu Santo?	203
7. Dos experiencias clave en la trayectoria de Yeshúa: su muerte y su resurrección	207
1. ¿De qué, para qué y cómo nos liberó Yeshúa?	207
1.1. ¿Cuál fue su misión en su existencia terrena?	207
1.2. ¿Qué fue y qué es lo liberador en su vida?	210
1.3. ¿Exigió Dios la muerte cruenta de Yeshúa como requisito para salvarnos y reconciliarnos con él?	213
1.4. ¿A qué se debió su procesamiento y muerte cruenta?	214
1.5. ¿Con qué autoridad actuaba al transmitir una doctrina que se distanciaba de las interpretaciones vigentes sobre la Ley bíblica, o incluso las contradecía?	216
1.6. ¿Por qué se afirma en la liturgia que su muerte fue causa de nuestra salvación?	220
1.7. ¿Me veo obligado, si soy coherente, a rechazar las principales interpretaciones sobre Yeshúa como salvador, presentes en la tradición teológica?	221
2. ¿Qué reveló Yeshúa con sus apariciones después de su muerte?	225
2.1. ¿Cuáles son los principales testimonios escritos sobre la resurrección de Yeshúa?	226
2.2. ¿Qué se quiere decir cuando se afirma que Yeshúa resucitó?.....	231
2.3. ¿Qué se quiere decir cuando se afirma que resucitó “al tercer día”?..	237
2.4. ¿Qué garantías hay de que la resurrección de Yeshúa fue un acontecimiento real?	239

2.5. ¿Qué consecuencias tuvo en sus discípulos llegar al convencimiento de su resurrección?	241
8. ¿Qué hechos me acreditan el origen divino del mensaje de Yeshúa?	245
1. Otras aclaraciones sobre el concepto de fe religiosa	245
2. La autoridad moral de Yeshúa como maestro me acredita la verdad de su mensaje.....	251
3. El milagro intelectual de la sabiduría de Yeshúa también ayuda a suscitar mi fe en él	258
4. ¿Qué peso tienen para mi fe en Yeshúa los milagros que se le atribuyen en los evangelios?.....	261
4.1. ¿Qué entiendo yo por milagro?	261
4.2. Posibles causas psicológicas de la actitud evitativa respecto al tema del milagro.....	263
4.2.1. Causas emocionales: tipos de miedo	265
4.2.2. Causas cognitivas.....	266
4.2.2.1. Punto de partida del conocimiento	266
4.2.2.2. Presupuestos cosmológicos	267
4.2.2.3. Rechazo apriorista del hecho milagroso en Renan.....	267
4.3. ¿Cabe defender la imposibilidad del milagro por constituir una violación de las leyes naturales?	269
4.4. ¿Qué grado de historicidad cabe atribuir a los milagros de Yeshúa?..	270
4.5. ¿Qué finalidades se han atribuido a los milagros de Yeshúa?.....	273
9. ¿Qué relación hay entre el escrito del profeta Jonás (siglo VI antes de Cristo) y la expansión del cristianismo en los tres primeros siglos?	281
1. ¿Cómo se explica la expansión del cristianismo en los tres primeros siglos?	281
2. Jonás, símbolo de la actitud de los profetas hebreos respecto al mundo pagano	287
2.1. El texto del profeta Jonás.....	287
2.2. ¿Se refiere esta narración a un hecho histórico ocurrido en el pasado?	289
2.3. ¿Por qué Jonás rechazaba ir a Nínive?	291
2.4. Influencia de las oraciones sobre las decisiones divinas	293
3. ¿Qué afirmó Yeshúa respecto al profeta Jonás?.....	294
4. Cumplimiento del signo de Jonás anunciado por Yeshúa.....	297
Referencias bibliográficas	301

PRÓLOGO

¿Por qué he querido escribir un libro sobre mi vivencia de la fe cristiana? ¿Qué he pretendido al emprender este trabajo?

Mi respuesta a esta pregunta la resumiré en ocho puntos:

1. Tomar conciencia con más claridad y profundidad de cuáles son las explicaciones sobre la cosmovisión cristiana que me resultan más convincentes, y cuáles en cambio me plantean dudas y me reclaman más investigación y reflexión en mi búsqueda de la verdad cristiana.

2. Comprobar, en el momento actual de mi vida, qué interpretaciones de distintos teólogos me han aportado una ayuda más eficaz para alcanzar esa claridad y profundidad en mis convicciones cristianas.

3. Poder conocer con más precisión los principales malentendidos que se han podido producir en las ideas sobre el cristianismo a causa de influencias culturales o psicológicas distorsionantes, en las informaciones teóricas y prácticas que se han ofrecido sobre el mismo.

4. Comprobar de forma cuidadosa si la serie de mis convicciones de fe sobre el contenido del credo cristiano poseen en grado suficiente las cualidades de una fe que sea razonable o inteligente, libre (respecto a presiones tanto externas como interiores), y coherente con mi praxis y proyecto vital.

5. Poder ofrecer a mis amigos y compañeros, en especial los agnósticos o ateos (que son gran mayoría), como también a aquellos que están vinculados a otras religiones, una información sincera e inteligible sobre mi fe cristiana.

6. Teniendo en cuenta que la mayoría de estas personas tienen —o tuvieron en el pasado— una relación importante con el Instituto Erich Fromm y, por lo tanto, con la experiencia psicoterapéutica de orientación existencial-humanista, pretendo que la información sobre

mi vivencia e interpretación personal de la fe cristiana no aparezca contaminada por factores psicológicos insanos que perjudiquen, en vez de favorecer, lo que entendemos por el proceso de crecimiento personal o autorrealización.

7. Conocer también con más precisión cuáles son las actitudes vitales y las creencias o convicciones en relación con el sentido del Universo y de la vida humana, la imagen de la Realidad divina, el significado de los profetas y místicos y de Jesús de Nazaret en la historia, las vías de liberación respecto al problema del mal en el mundo, etc. En especial, cuáles de estas actitudes y creencias puedo compartir, al menos en parte, con los seguidores de otras cosmovisiones —sean religiosas, agnósticas o ateas— y cuáles, en cambio, me diferencian claramente de ellos.

8. Aumentar mi toma de conciencia sobre qué influencias provenientes de otras cosmovisiones —tanto religiosas como agnósticas o ateas— pueden ayudarme a enriquecer mis ideas y vivencias respecto a la Realidad divina, las vías de liberación de las alienaciones humanas, la comprensión de la esencia y destino de la existencia humana, e incluso una mejor comprensión de las persona y mensaje de Jesucristo.

La gran mayoría de las personas a las que me unen vínculos de amistad o de compañerismo profesional son hombres o mujeres que se declaran agnósticos, ateos o indiferentes respecto a la cosmovisión —religiosa o no— que pueda dar principalmente sentido al conjunto de su vida y de su muerte. Aunque también es cierto que quizá la mayoría de los que se consideran indiferentes no lo sean propiamente, sino que haya que denominarlos “indefinidos”, tal como vimos conveniente, hace unos diez años, en ocasión de unos Encuentros Existenciales sobre valores éticos. En una parte del tiempo de esos Encuentros los participantes se distribuían en subgrupos según cuál fuese la cosmovisión a la que se sintiesen preferentemente vinculados. Constituyeron una mayoría los del subgrupo que consideraron que no se podían definir ni como vinculados a alguna de las religiones —cristianismo, islam, hinduismo, budismo...—, ni tampoco como auténticamente —inteligentemente— agnósticos o ateos. Y, por otra parte, dieron a entender que una actitud totalmente indiferente o despreocupada respecto a esta cuestión la percibían como una posición demasiado superficial. Intuían que el planteamiento de la cuestión sobre cuál pudiese ser la cosmovisión —religiosa o no— que les mereciese más confianza, respecto a la validez de sus afirmaciones sobre el origen y destino de la existencia humana y sobre las vías para alcanzar la plenitud, no constituía una cuestión banal, y que merecía ser considerada.

Lo que ocurría es que objetivos menos globales de sus vidas, pero suficientemente relevantes en la edad del adulto joven, les habían acaparado totalmente sus energías. En cualquier caso, se trate claramente de personas agnósticas o ateas, o sean más bien indefinidas todavía —no propiamente indiferentes— respecto a esta cuestión, lo cierto es que la gran mayoría de las personas con las que me relaciono, sobre todo los últimos treinta años, pertenecen a uno de estos tres grupos.

Dada la importancia que tiene en mi vida mi vinculación a la cosmovisión cristiana, y teniendo en cuenta mi convicción del carácter humanamente enriquecedor de la experiencia de un diálogo auténtico —por vía oral o escrita— sobre las principales experiencias de la vida, he visto conveniente probar a poner por escrito cuáles son mis principales convicciones respecto a mi vivencia del cristianismo, como también cuáles son los hechos históricos, las experiencias y los argumentos racionales a partir de los cuales puedo encontrar un fundamento para mí satisfactorio de esas convicciones o creencias. Me sentiría algo incómodo si personas importantes en mi vida permaneciesen desconociendo casi totalmente cómo entiendo yo la fe en el cristianismo, y en qué hechos, experiencias y razones puedo fundamentarla para que la experimente como una fe inteligente. Aunque espero que no sólo a éstos pueda ser útil mi informe sobre el cristianismo.

Ahora bien, no quiero concluir esta introducción sin comunicar que, según mi entender, cuando me refiero a mi esperanza de que este escrito pueda ser útil —para agnósticos, ateos, cristianos o seguidores de otras religiones—, no estoy refiriéndome sólo a una utilidad intelectual. No espero sólo contribuir al conocimiento sobre contenidos esenciales de la fe cristiana y a la rectificación de algunas versiones popularizadas de la misma que se caracterizan por su estilo fundamentalista, o pueril, o legalista, o sentimentalón, etc. Poder contribuir a clarificar ideas sobre el cristianismo me satisface, como también el atender cierta curiosidad de lectores que sean conscientes de su insuficiente información sobre el tema. Pero para mí es también muy importante, y me causará alegría, si la lectura y reflexión sobre este escrito suscita en el lector nuevas inspiraciones y motivaciones para incrementar, como un capítulo de su proyecto vital, su contribución a humanizar nuestro mundo. Si el lector —se trate de un ateo, o agnóstico, o musulmán, o budista o hindú, etc. y, por supuesto, si se trata de un cristiano— experimenta, a partir de lo que afirmo en este libro, una nueva energía para contribuir —desde su experiencia familiar, profesional, ciudadana, etc.— a un mundo menos injusto, y con mejor atención de los derechos huma-

nos, en especial del Tercer y Cuarto Mundo, sentiré alegría y habrá merecido la pena el trabajo de redactarlo.

Ya hace tres años que dirijo unos encuentros de meditación —de sábado entero—, cada dos meses, para agnósticos simpatizantes de Jesucristo, más algunos cristianos. Son agnósticos que, permanezcan o no en el futuro en su actual postura, han comprendido que el mensaje humanizador de Jesucristo puede ser provechoso no sólo para los vinculados a las Iglesias cristianas, sino también para que sus vidas tengan garantizada una mayor contribución en el logro gradual de una Nueva Humanidad.

Veo apropiado, para concluir este prólogo, citar aquí un párrafo de Gustavo Gutiérrez, el considerado como “padre” de la teología de la liberación. Deseo que mis reflexiones teológicas sobre el cristianismo encajen en lo que él reclama para la teología en este texto.

Una teología que no se limita a pensar en el mundo, sino que busca situarse como un momento del proceso a través del cual el mundo es transformado: abriéndose al don del reino de Dios en la protesta ante la dignidad humana pisoteada, en lucha contra el despojo de la inmensa mayoría de los hombres, en el amor que libera, en la construcción de una nueva sociedad, justa y fraternal (Gutiérrez, 1973, pp. 40s.).

Ramón Rosal Cortés

Ante las montañas de Candanchú (Pirineo de Huesca)
9 de agosto de 2005. Fiesta de Edith Stein
(Santa Teresa Benedicta de la Cruz),
filósofa atea convertida al cristianismo

INTRODUCCIÓN

El mundo es grande, magnífico y hermoso. Mi conocimiento científico de cuanto ha sucedido en él comprende cientos de millones de años. Y sin embargo, visto desde otra perspectiva, todo esto se contiene en los setenta, ochenta o noventa años que puedo tener garantizados, una minúscula motita en medio del tiempo inconmensurable, en medio incluso de los millones y de los miles de millones finitos de años que he aprendido a medir y a determinar. ¿De dónde vengo y adónde voy? Esa es la gran cuestión insondable, la misma para cada uno de nosotros. La ciencia es incapaz de responderla.

Erwin SCHRÖDINGER, premio Nobel de Física en 1933

En este volumen incluyo una parte primera, con dos capítulos, sobre el tema: *Revelación divina a través de la contemplación del Universo y de los profetas de Israel*, y una parte segunda —que ocupa los capítulos tercero a noveno— con el título: *Revelación divina a través de la doctrina y persona de Yeshúa de Nazaret*. Siguiendo a mi maestro Claude Tresmontant, he preferido utilizar, en la mayoría de ocasiones, el nombre original hebreo de Jesús, es decir Yeshúa.

Para el volumen segundo tengo prevista una parte tercera titulada *Dimensión comunitaria del cristianismo*, en la que abordaré el tema de la Iglesia en unos cuatro capítulos. A continuación una parte cuarta, titulada *Consecuencias y esperanzas*, en la que incluiré capítulos sobre: La praxis cristiana como vía de liberación, Mis convicciones respecto a la finalidad o meta de la existencia humana y Diálogo interreligioso.

La elaboración de este trabajo me ha exigido repasar lecturas teológicas antiguas y concentrar mi atención en otras nuevas, con lo que he conseguido atender mi hambre retrasada de este tipo de alimento para mi inteligencia y mis sentimientos. En ocasión de haberme despedido de mi trabajo de psicoterapeuta, y de haber realizado otros reajustes en mi distribución del tiempo, he logrado disponer de horas para concentrarme en la búsqueda de la verdad en sus dimensiones filosófica y teológica. Se trata de un aspecto de mi vocación o proyecto existencial que me he visto obligado a tener demasiado marginado, por causas diversas, a lo largo de sucesivas fases de mi vida adulta. Espero que en esta última etapa pueda haber recuperado esta parte marginada de mi vocación, a la vez que voy incrementando mi implicación en proyectos de carácter directamente

solidario, al servicio de los derechos de sectores peor atendidos del Tercer y Cuarto Mundos. Con ello atenderé necesidades “terapéuticas” de patologías de las estructuras sociales más que de los individuos, teniendo presente uno de los intereses de Erich Fromm.

Tengo el convencimiento de que mis futuras lecturas y reflexiones de carácter filosófico —principalmente en Ética filosófica— y teológico, como también mi implicación en tareas solidarias, pueden recibir importantes ayudas si no pierdo de vista las experiencias y conocimientos obtenidos gracias a mis años de dedicación a la Psicología y a la práctica de la psicoterapia de orientación existencial-humanista. Un peligro de los filósofos y de los teólogos —y también de los que quieren implicarse en estos saberes, aunque no se hayan especializado en ellos— cuando prescinden excesivamente de la información obtenida por las ciencias empíricas —más en contacto con los hechos reales— es el de poder realizar interesantes y bellas especulaciones, pero perder el sentido de la realidad y de la práctica vitales. Los filósofos que se caracterizaron por su desinterés y distanciamiento respecto a las aportaciones de las ciencias empíricas a mí siempre me inspiraron desconfianza, aunque fuesen creadores de sistemas filosóficos prestigiosos en la historia de la filosofía, y la lectura de sus reflexiones se prestase a suscitar interés y a veces admiración. Incluyo aquí a filósofos como Fichte, Schelling, Hegel, también a Kant, y por supuesto a Nietzsche (aunque en este caso se trate de un filósofo asistemático). Asimismo a aquéllos en cuyas biografías aparecen síntomas relevantes de probables trastornos psicológicos, por ejemplo en los casos de personalidades depresivas, narcisistas o esquizoides. Lo mismo me ocurre con los teólogos excesivamente especulativos e insuficientemente atentos a las conclusiones científicas de la Crítica bíblica o de las ciencias humanas. Como también desconfío algo de los dedicados exclusivamente al estudio e investigación teológicas, pero con escasa experiencia práctica respecto a la acción evangelizadora, la vivencia personal de la espiritualidad, y la comunicación auténtica y directa con hombres y mujeres de diversidad de edades, situaciones vitales, raíces culturales, tipos de personalidad y actitudes respecto al hecho religioso.

El lector de mi trabajo podrá comprobar que he incluido abundancia de citas textuales de teólogos de diferentes orientaciones. El hecho de que alguno de ellos aparezca citado con mayor abundancia no significa necesariamente que yo me identifique con todo el conjunto de su aportación teológica o con sus actitudes características en su forma de experimentar su vivencia cristiana y eclesial. Pero aquí no me ocupo apenas de exponer las posibles aportaciones o actuaciones que no me resultan válidas en ellos. Sólo me limitaré

aquí a señalar dos ejemplos. Hans Küng es uno de los teólogos a los que creo haber citado con más abundancia. Son muchas las páginas de su extensa y valiosa producción que me han suscitado admiración y he considerado como obras maestras de la reflexión y exposición teológica por su brillante claridad y sorprendente integración de saberes. Sin embargo, no faltan de vez en cuando afirmaciones gratuitas, o precipitadas y tendenciosas, que sugieren estar fundamentadas más en un conflicto e irritación intraeclesial, que en una serena búsqueda de la verdad. Por otra parte, el aire que ha adquirido su persona como “enfant terrible” de la Iglesia no me suscita el menor interés. Ha habido teólogos contemporáneos que han tenido mayores conflictos o frustraciones con la Curia vaticana, como por ejemplo Ives Congar, Bernard Häring y Edward Schillebeeckx, y que supieron sobrellevar sus dificultades con un buen humor, paciencia y cordialidad que me resultan ejemplares. Y en la Edad Media no hay que olvidar que, en el siglo XIII, los arzobispos de París y de Westminster decidieron conceder indulgencias cada vez que un fiel cristiano atacase algunas de las tesis de Tomás de Aquino, el que posteriormente fue, durante siglos, el teólogo más valorado por el magisterio oficial de la Iglesia. También éste supo reaccionar con serenidad y humildad tras estos ataques. Esa discrepancia con Küng no me impide reconocer que es de los tres o cuatro teólogos hacia los que siento un mayor agradecimiento por la ayuda que sus obras me han aportado para mi fe o convicciones cristianas.

Algo parecido, aunque con diferencias, me ocurre con algunos representantes de la autodenominada “teología de la liberación”. Uno de ellos, Leonardo Boff, es también de los autores que me han suscitado especial interés y cuyas aportaciones teológicas —no todas— me han supuesto una gran ayuda. Lamento que en su etapa actual haya seguido la tendencia de otros teólogos de su corriente a la práctica de la crítica pública intraeclesial, a representantes de la jerarquía, en conferencias o medios de comunicación (de los que casi sólo hablan del cristianismo o de la Iglesia para informar de sus fallos, y casi nunca de sus logros), y presentándose con aires de víctimas. Sin embargo años atrás Boff había vivido esta situación con el estilo sereno y cordial del cardenal Helder Camara, valioso representante de esa corriente teológica latinoamericana, ejemplo de obispo implicado plenamente desde hace muchos años en la acción liberadora (y por lo tanto evangelizadora) de los sectores más desatendidos del Brasil.

Tengo que reconocer que en los últimos tres años han sido dos norteamericanos (estadounidenses) los que he pasado a situar entre

los más valorados por mí. Se caracterizan por ese estilo de valoración de lo empírico, como punto de partida de toda reflexión teológica o filosófica, que generalmente se ha dado más en el mundo intelectual anglosajón, menos proclive que el centro-europeo a irse por las nubes hasta perder el contacto con la realidad, cuando se dedican a especular en sus bibliotecas. Me refiero a John P. Meier —con sus concienzudas investigaciones sobre lo científicamente acreditado como histórico en los textos sobre las actuaciones y enseñanzas de Yeshúa—, y al cardenal Avery Dulles, con su innovadora y bien fundamentada teoría sobre la diversidad de modelos en la concepción de la Iglesia, la Revelación, etc.

Son otros muchos los teólogos de los que he recibido ayuda para una comprensión inteligente de la fe cristiana, y a los que cito a lo largo de estas páginas. Pero si tengo que destacar a uno entre todos, tengo que nombrar a Claude Tresmontant. Años atrás, en ocasión de elaborar mi tesis de licenciatura en filosofía sobre *El concepto de creación y el mito de la caída divina según el pensamiento filosófico de Claude Tresmontant*, pude estudiar con detenimiento sus obras filosóficas (alrededor de veinte libros). Posteriormente este filósofo cristiano se centró en la investigación en Exégesis y en Teología bíblica, a partir de su dominio profundo de las lenguas hebrea y aramea, publicando otras tantas obras. Tengo que reconocer que ha sido este teólogo (y filósofo) laico francés, casado con una mejicana, el que me ha supuesto la ayuda principal para las razones de mi fe. Este teólogo que considero injustamente silenciado (muy escasamente citado) entre los colectivos teológicos eclesiásticos, me ha permitido comprender, entre otras muchas cuestiones, los peligros de la interpretación fideísta de la fe, que contamina con frecuencia desde Kant a no pocos teólogos protestantes o católicos. Puedo considerar el fideísmo predominante en muchos creyentes cristianos —sobre todo cuando se trata de personas ilustradas en otros saberes— como una de las causas principales del tránsito al ateísmo o agnosticismo de un porcentaje importante de científicos en los siglos XIX y XX. Aunque es justo añadir que la actitud fideísta —de fe ciega— aparece en igual o mayor grado en los seguidores de otras cosmovisiones tanto religiosas como agnósticas y ateas.

Dado que la idea predominante que se da en la actualidad sobre el concepto de “fe” es fideísta, y todavía más respecto al concepto de “creencia” religiosa, no he querido que en el título de mi libro constase ni la palabra fe, ni la de creencia. En principio podría haberlo titulado “Informe sobre mi fe cristiana, o sobre mis creencias cristianas”. Para evitar interpretaciones fideístas he preferido titularlo *Mis convicciones sobre el cristianismo*.

Predomina una concepción sobre la fe entendida como una experiencia ajena a la inteligencia, irracional (que no es lo mismo que superrracional o sobrenatural), según la cual la fe no puede pretender ser justificada con la razón. Queda reducida a una especie de sentimiento difuso producido por una ayuda o gracia divina que, por lo visto, sólo llega a una parte de la población. La palabra hebrea *hemounah* con que en el Antiguo Testamento se nombra a lo que en las lenguas vernáculas se viene traduciendo por fe o creencia, significa una convicción profunda sobre el origen divino de una revelación, apoyada en unos signos o hechos sensibles que la acrediten. La circunstancia de que en la versión griega de la Biblia *hemounah* fuese traducido por *pistis* (creencia) distorsionó su significado original. Efectivamente, según Platón, la *pistis* es el penúltimo nivel de conocimiento entre los cuatro de su clasificación. Cuando nosotros declaramos afirmaciones como éstas: “creo que mañana lloverá”, “creo que él acabará cambiando”, “creo que el Barça ganará el partido”, etc., estamos realizando actos de fe entendida como *pistis*, creencias sin fundamentos suficientes para conducir a una convicción. Pero esto no es lo que en la Biblia hebrea se quería decir con la palabra *hemounah*.

En general la fe, en el sentido bíblico del término, no es una creencia ciega, disociada de la inteligencia y del conocimiento, una adhesión de la sola voluntad. La fe, en el sentido bíblico, es una inteligencia, el acto supremo de la inteligencia que ha sabido discernir los signos que Dios propone, la fe es la adhesión de la inteligencia a la verdad de Dios, manifestada con signos inteligibles y tangibles. Ningún salto cualitativo en el absurdo. Es el discernimiento de los signos y la inteligencia de su sentido (Tresmontant, 1967, p. 411).

Esta inteligencia es concedida por Dios, y en este sentido la fe es una inteligencia sobrenatural. Pero en el pensamiento bíblico, toda inteligencia es dada por Dios. Se pide ésta en la oración: “Dame la inteligencia, dame la inteligencia para que viva” (Salmo 119). En el pensamiento bíblico, no solamente la inteligencia, sino también la vida y el ser son dados por Dios. Todo es don de Dios (*ibidem*, pp. 410s.).